



*PASATIEMPO XI.*  
**TERTULIA**  
**DE LA ALDEA,**

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS  
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-  
ciosos, para entretenerse las noches del  
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR  
**DON HILARIO SANTOS ALONSO,**  
*residente en esta Corte.*

CON LICENCIA.

---

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la  
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1678.





DE LA ALDEA.  
 TERTULIA  
 PASATIEMPO XI.

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS  
 notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-  
 ciosos, para entretenerse las noches del  
 Invierno, y del Verano.

SU AUTOR  
 DON HILARIO SANTOS ALONSO,  
 residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martín, calle de la  
 Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1678.



---

## PASATIEMPO XI.

---

**M**UY gustosos havian quedado de la noche antecedente los señores Tertulios ; y picados los nuevamente nombrados del chiste , y gracejo precedente , venian muy bien pertrechados con suceso , aventuras , y cuentos , el señor Cura, el Hidalgo Benavides, y el tío Agustín Redondo ; porque yá entre los mantenedores de la Asambléa havia entrado un genero de emulacion , que todos se esmeraban en leer , y estudiar en sus mamotretos con una sana competencia , sobre qual á qual se havian de exceder en lo singular de los sucesos , y especial, y chistoso de los cuentos. Havia llegado yá á tanto el conato , y aficion , que antes se daban sus treguas para discurrir , y estudiar los chistes , y sucesos , supliendo con las Historias la diversion algunas noches ; pero havia llegado á tanto la inclinacion , que havian pasado bastantes noches sin haver leído una Historia de quarenta que incluían los dos Tomos que trajo el tío Pellejero de Madrid , siendo tan gustosas , y divertidas ; y lo peor era , que con esta aficion que havian tomado , y sana competencia , hurtaban algunos muchas horas al cumplimiento de sus officios , debiendo de ser esto lo principal , y aquello lo accesorio. Y así , el señor Cura metió la mano en esto , y dijo : Señores , á mí me incumbe el moderar en mis subditos , y feligreses toda pasion desordenada : no podeis negar todos vosotros , que vivís subordinados à mis santos consejos : ahora me es-

A 2

pre-





preciso daros uno muy conveniente , que es el que os refreneis en la suma aficion con que haveis tomado el estudio para mantener estas Asambleas por el daño que se os sigue á vuestras haciendas ; porque preocupados de él , he observado , que muchos dejan de cuidar sus campos , siendo esto la principal obligacion de sus estados. Es justo , que os mode-reis ; porque aunque es sana la diversion , y provechosa para evadir muchos estragos á las almas , es mas sano , y provechoso lo que mas principalmente incumbe á cada uno , que es el cuidar de sus haberes , para mantener su casa , hijos , y muger. Esto se ha de tomar con moderacion , y como lo que es , por pasatiempo. Además , que debeis tomar mi consejo por propria utilidad vuestra ; porque si os dais á la competencia , y esfuerzo que ahora demostrais , en breve se os acabará el fondo de vuestros entretenimientos ; pues el que se come en un dia todo lo comestible de su dispensa , es fuerza , que perezca de hambre el dia siguiente. Y asi , amigos Contertulios , la pasion no quita conocimiento : suplan las Historias de quando en quando , que son muchas las noches que nos restan ; y que aunque hay mucho escrito sobre el asunto , aunque mucho , ha de tener fin : y no es razon , que lleguemos á éste nosotros quanto antes , privandonos del divertimiento por una inconsiderada pasion.

Agradó á todos el saludable , y christiano razonamiento del señor Cura , y procuraron de alli adelante alternar la materia de sus diversiones por la propria conveniencia , que tan patente se les havia hecho ; y como aquella noche venian yá dispuestos los nombrados mantenedores , empezaron su Asam-  
blea,



bléa, tomando á su cuenta el señor Cura referir el suceso, que verdaderamente fue extraño, y notable.

En una Ciudad de la Andalucía vivia un Caballero rico, y poderoso, llamado D. Francisco, casado con una señora, no menos noble, y rica que su esposo. Este tenia consigo una hermana doncella, llamada Doña Inés, á quien la salió un grande casamiento de otro Caballero, no de inferior calidad, en que vino muy bien su hermano. Comunicólo con su muger, y con su hermana Doña Inés, la qual aceptó luego, por ser gusto de su hermano, á quien miraba la buena Dama con suma obediencia, y amor reverencial, teniendole en lugar de padre. Deseabalo tambien Doña Inés, por salir de la rigurosa condicion de su cuñada, que era cruel. Efectuóse el casamiento, y su marido hacia la estimacion de ella, que merecia su virtud, y hermosura; mas por ésta le vino su desgracia. Gozaba la bella Dama una vida gustosa, y descansada con un marido de noble condicion, que la amaba, y mucho. Era esta señora muy aplaudida de hermosa en toda la Ciudad, lo que dió ocasion á muchos á galantearla. Uno de ellos fue otro Caballero mozo, llamado D. Diego, rico, y libre, y que en virtud de sus muchos haberes, se arriesgaba á muchos excesos. Enamoróse, pues, de Doña Inés luego que la vió, dando á mostrar su amor en la continua asistencia en su calle, en Iglesias, y en todas las partes que podia seguirla. Amaba, en fin, sin juicio, sin atender á la pérdida que podia resultar al honor de Doña Inés con tan públicos galantéos.

No reparaba la inocente Dama en ellos, antes presumia, que se dirigian á otras Damas que vivian  
en



en la calle misma; y así no se recelaba de ponerse al balcon, y oír las musicas que Don Diego hacia. Continuaba éste en sus galantéos, y veíase cada dia nada correspondido, y peor, pues no daba un paso en su pretension: por lo qual andaba triste, y melancólico. Conocióselo una mala muger que vivia en la calle, y un dia que le vió pasar, le llamó, y con cariñosas razones le procuró sacar la causa de sus desvelos. Al principio negó Don Diego su amor; pero tanto le dijo la infame muger, que confesó de plano sus amores. Ella luego se prometió á cumplirselos, diciendole, descuidase, y se fuese sosegado á su casa, que de su quenta quedaba el negocio. Don Diego la dió una cadena de oro que traía puesta, para avivarla mas en la pretension. Muy contenta la mala muger, se fue en casa de unas mugeres de mal vivir, y escogiendo entre ellas una de las mas bien parecidas, y que así en el cuerpo, y garbo se pareciese á Doña Inés, se la llevó á su casa, comunicando con ella el engaño que queria hacer.

Pasó despues en casa de Doña Inés, diciendo á las criadas, dijesen á su señora, que una vecina de enfrente la queria hablar. Dieron parte á su ama, y Doña Inés la mandó entrar. Despues de sus buenas arengas, pues tenia especial labia, la suplicó la hiciese merced de prestarla por dos dias aquel vestido que traía puesto, y que se quedase en prendas aquella cadena, (que era la misma que Don Diego la havia dado) porque casaba una sobrina. La buena de Doña Inés la concedió lo que pedia, y aun queria darla otro vestido mejor, pero ella replicó, que aquel era bueno. Doña Inés la dijo, que era el que traía de continuo, y estaba yá bastantemente ajado:  
mas



mas la engañosa muger dijo: No mi señora, este basta, que no quiero que sea demasiadamente costoso, que parecerá que no es suyo, y los pobres tambien tenemos reputacion. La buena Doña Inés mandó traer otro vestido, y ponersele, y darla el que traía, que era de damasco pardo. Cogióle, y se fue mas contenta que si llevara un tesoro.

No tardó mucho en venir á su casa Don Diego, y ella con alegre rostro le recibió, diciendo: Esto sí que es saber negociar, Caballerito: yá hablé á tu Dama, y la dejé mas blanda que una madeja de seda floja; y para que veas lo que me debes, esta noche á la Oracion aguarda á la puerta de tu casa, que ella y yo te iremos á hacer una visita, porque es quando su marido se vá á jugar á una casa de diversion, donde está hasta las diez: mas dice, que por el decoro de una muger de su calidad no quiere ser vista: que no haya criados, ni luz, sino muy apartada; y así, podrás apercibir un farorillo que dé luz, y esté sin ella la parte donde huvieres de hablarla. Todo esto lo hacia porque pudiese Don Diego reconocer el vestido, y no el rostro, y se engañase. El mozo con estas nuevas se bolvia loco de contento, y era poco todo quanto tenia para agasajar á la falsa tercera. En fin, él se fue á aguardar su dicha, y ella, élido, vistió á la moza, que tenia escondida, con el vestido de Doña Inés, tocandola, y aderezandola al modo que la Dama andaba de ordinario; y pusola de modo, que mirada algo á lo oscuro, parecia la misma Doña Inés.

Poco antes de anochecer se fueron en casa de D. Diego, que las estaba aguardando á la puerta, que viendolas, y reconociendo el vestido, por haver

se-



sele visto muchas veces á Doña Inés, como en el tale le parecia, y venia tapada, y era ya quando cerraba la noche, la tuvo por ella. Loco de contento la recibió, y entró en un quarto bajo, donde no havia mas luz que la de un farolillo que estaba en antesala, y á ésta, y á una alcoba que en ella havia, no llegaba mas que el resplandor que entraba por la puerta. Quedóse la vil tercera en la sala de afuera; y Don Diego, tomando por la mano á su fingida Doña Inés, se hablaron muchos cariños, y la fingida Doña Inés, bien instruida en lo que havia de hacer, le respondia muy a proposito, hasta que llegó el colmo, y cumplimiento de sus deseos. Dióla despues muchas joyas, y dinero, quedando mucho mas enamorado que antes; y conociendo ya ser hora para bolverse á su casa, se despidió de ella muy cariñoso hasta la noche siguiente. Y despedidas de Don Diego, se volvieron á su casa muy contentas, y ricas.

Continuaron así algunas noches, y Don Diego cada vez mas enamorado; hasta que viendo, que era necesario ya bolver el vestido á su dueño, dejaron de asistir, partiendo la fingida, y la tercera la ganancia, muy contentas con la burla. Andaba Don Diego muy triste paseando la calle de Doña Inés, y muchas veces que la veía, aunque notaba el descuido de la Dama, juzgabalo á recato. Ibase á consolar con su tercera; y ésta unas veces le decia, que no tenia lugar, por andar su marido cuidadoso; otras, que buscaría ocasion para verla; hasta que un dia, viendose importunada de Don Diego, y que pedía, que la llevase á Doña Inés un papel, le dijo no se cansase; porque la Dama, ó por miedo de su esposo, ó que se havia arrepentido, no consentia ya, que



que la hablase de estas cosas ; y llegaba á mas , que la negaba la entrada en su casa , mandando á las criadas no la dejasen entrar. Quedó con esto D. Diego tal , que fue milagro no perder el juicio.

Continuaba , no obstante , la calle , y un dia la siguió hasta la Iglesia , y arrodillandose junto á ella lo mas paso que pudo , la dijo : *Es posible , señora mia , que vuestro amor fuese tan corto , y mis meritos tan pequeños , que apenas nació quando murió ? Dónde está , señora , lo que tantas veces repetisteis , nombrandos mia , y yo me ofrecí por esclavo vuestro ? Si lo hizo acaso el haver andado corto en serviros , y regalaros el retiraros tan presto ? Y sobre todo , quando os tuve en mis brazos no jurasteis mil veces , que no me olvidariais ? Miróle Doña Inés admirada de lo que decia , y dijo : Qué decís señor , deliráis , ó teneísme por otra ? Quando estuve en vuestros brazos , ni juré de no olvidaros , ni recibí agasajos , ni me hicisteis cariños : y en fin , cómo puedo amar , ni aborrecer lo que nunca quise ? Pues cómo replicó Don Diego , aun queréis negar que no me habeis visto , ni hablado ? decid , que estais arrepentida de haver ido á mi casa , y no lo negueis , porque no lo podrá negar el vestido que traeis puesto , que es el mismo que llevasteis , ni lo negará Fulana , vecina de enfrente de vuestra casa , que fue con vos.*

Doña Inés era cuerda , y discreta , y oyendo del vestido , y muger , aunque turbada , y medio muerta de un caso tan grave , cayó en lo que podia ser ; y volviendo á Don Diego , le dijo : Quanto havrá eso que decís ? Poco mas de un mes , replicó él : con lo qual Doña Inés acabó de todo punto de creer lo que ella imaginaba por el vestido prestado ; y por averiguarlo mejor , dijo : Ahora , señor , no es tiem-

B

po



po de hablar mas en esto : mi marido ha de partir mañana à Sevilla , á la tarde estad en mi calle , que yo os haré llamar , y hablaremos largo sobre esto que me haveis dicho , y no digais nada de esa muger , que importa encubrirlo de ella. Fuese esotro dia el marido de Doña Inés , y luego ésta envió á llamar al Corregidor , y venido , le puso en parte donde pudiese oír lo que pasaba , diciendole , convenia à su honor , que fuese testigo , y Juez de un caso de mucha gravedad , y llamando á Don Diego , que no se havia descuidado , le dijo estas razones.

Cierto , señor , que ayer me dejasteis pasmada , y confusa , y así , os suplico , me digais muy por entero , y despacio lo que ayer me dijisteis de paso en la Iglesia. Don Diego la contó quanto con aquella muger le havia pasado , las veces que havia estado en su casa , las palabras que le havia dicho , las joyas que le havia dado ; á que Doña Inés admirada , satisfizo , y contó , como ese tiempo havia estado el vestido en poder de esa muger , y como la havia dejado en prendas una cadena , atestiguando con sus criadas la verdad , y como ella no havia faltado de su casa , ni su marido iba á ninguna casa de diversion , antes se recogia con el día , y que ni conocia tal muger , sino de verla á la puerta de su casa. Don Diego quedó embelesado , y corrido de la burla que de él se hizo. A esto salió el Corregidor , y juntos fueron en casa de la desdichada tercera , que al punto confesó la verdad de todo , entregando algunas de las joyas. Llevaronla presa , y al dia siguiente la dieron doscientos azotes por las calles , por infamadora de mugeres principales , y honradas , y mas por seis años desterrada , no declarandose mas el caso por la opinion de Doña Inés. Con



Con todo eso, Don Diego quedó mas perdido que antes, y continuó en rondar la calle, y hacer musicas. La buena de Doña Inés lo sentia mucho, y un dia le envió á decir: que supuesto, que yá sus atrevimientos pasaban á desverguenzas, que se fuese con Dios, y desistiese de dar escandalos, si no queria que le costase caro el rondar, y hacer musicas. Mucho sintió este recado Don Diego, y le acometió tal melancolía, que se veía morir: mas un dia dió en una traza diabolica, para atraer á sí á Doña Inés, y fuese en busca de un mal hombre Nigromantico, que tenia pactos con el demonio, y le contó lo que le pasaba. Este maldito hombre trazó como hacer venir á casa de Don Diego por arte del diablo á Doña Inés. Formó un hechizo, en que hacia, que Doña Inés yá recogida en su cama, y toda su casa en silencio, pues aun no havia buuelto su marido de Sevilla, se levantase, y poniendose un faldellin, y unos zapatos, echaba á caminar á casa de D. Diego: iba privada, á fuerza del encanto, de su juicio, y sin saber quien la guiaba, forzada de un espíritu diabolico, se entraba en casa de D. Diego, que prevenido, tenia las puertas abiertas, y se entraba con él en su cama. Empezaba à hacerla mil caricias, mas Doña Inés nada respondia, privada totalmente del encanto, lo que no dejó de conocer D. Diego. Era yá hora de marcharse, y abriendo la puerta D. Diego, la decia: Señora mia, mirad, que yá es hora de que os vayais; y en diciendo esto, la Dama se levantaba, y como una estatua, sin hablar palabra, se salia, y se iba à su casa sin que nadie la viese, y bolvía à sosegar hasta la mañana, que se hallaba en su juicio.



Asi continuó por muchas noches el infame Don Diego, hasta que una de ellas, que caminaba á casa de Don Diego, encontró con ella el señor Corregidor á la entrada de la puerta: iba en ronda con sus Ministros, y con él su hermano D. Francisco, que haviendole encontrado, gustó acompañarle por ser su amigo; y como vieses aquella muger en paños menores, la dieron voces, que se detuviese; mas ella callaba, y andaba á toda diligencia, como quien era llevada del espiritu maligno. Siguiéronla á toda priesa hasta la sala, donde vieron, que se fue derecha á la cama de Don Diego, el qual la esperaba en ella; mas viendo alli al Corregidor, y Ministros, confesóles el encanto, é hizo, que Doña Inés se bolviese como las otras veces. Ella salió del mismo modo, y mandó el Corregidor la siguiesen, y observasen en qué paraba aqí ello. Llegó la buena Doña Inés á su casa, y los Ministros se entraron tras ella, y al meterse en la cama debió de ser quando Don Diego deshizo el encanto, y ella, despertando de su letargo, dió un gran grito al verse de aquellas gentes rodeada: á las voces, y extremos que hacia la buena señora despertaron las criadas, y acudieron á su ama, á quien una congoja la daba, y otra la venia, queriendose hacer pedazos, si los Ministros no la detuviesen, y consolasen.

Avisaron al Corregidor de lo que pasaba, y luego vino á casa de Doña Inés, trayendose consigo el hechizo, ó encanto, con el qual hizo á presencia de Doña Inés la experiencia, y viólo todo claro, y que Doña Inés se privaba, y echaba á caminar para donde estaba el encanto, por lo que conocieron estar inocente. Consolóla mucho el señor Corregidor; mas

el



el hermano, aunque sabidor de esto, se fue rabioso á su casa, y contandoselo á su muger, ésta le avivó mas sus rabias, diciendole, que todo aquello serían trazas de su hermana para encubrir la maldad; y así, determinaron luego escribir á su marido, que pronto se pudiese en camino, que ocurría una novedad muy perjudicial á su honor. Llevaron preso á Don Diego, y divulgado el suceso por toda la Ciudad, llegó á saberlo la Inquisicion, que pronto pidió el preso, el qual se le fue entregado con el proceso, y declaracion; y desde aquel punto en que Don Diego entró en la Inquisicion, jamás se supo mas de él. Buscóse el mal hombre, que formó el encanto; pero no se halló.

Vino, pues, el marido de Doña Inés con tanto secreto, que nadie supo de su venida; y sabido todo el caso de su cuñado, y de la infame de su muger, segun su malicia se lo dictó, determinaron todos tres, qué genero de muerte dar á la inocente Doña Inés. Quien mas acrecentó la crueldad fue la malvada cuñada, que si quiera por ser muger, podría tener piedad de ella. Acordóse el genero de martirio que se la havia de dar, y disimulando D. Alonso su dañada intencion, se fue á su casa, y con caricias, y alhagos cubrió sus intentos, de modo, que la triste Doña Inés, discurriendo, que su marido estaba informado de su inocencia, vivia mas consolada, enmedio de los muchos que la havian asegurado no tener culpa del atentado de Don Diego. Con esto pasó algunos dias; y en uno de ellos, su marido con mucha afabilidad la dijo, como su hermano, y él estaban determinados á irse á vivir con sus casas, y familias á Sevilla: lo uno, por quitar de los  
que



que havian sabido aquella desdicha , que la señalasen con el dedo : y lo otro , por asistir á sus pleytos , que havian quedado empantanados ; á lo qual Doña Inés le dijo , que en ella no havia mas gusto que el suyo.

Puesto por obra lo determinado , se partieron todos juntos , D. Francisco , su muger , y los dos : y Doña Inés mas contenta que todos , porque vivia afrentada de un suceso tan escandaloso. Llegados á Sevilla , tomaron una casa retirada , y sin mas vecinos que ellos , y luego despidieron los criados que havian traído , para ejecutar sin testigos la crueldad que ahora diré. En un aposento , el mas ultimo de toda la casa , de ningun ejercicio , en el hueco de una chimenea que alli havia , metieron á la desdichada Doña Inés. Tan estrecho era el sitio quanto pudiese la infelíz estar en pie ; porque si se queria sentar , no podia , á no ser , como se dice , en cuclillas. Tabicaron el sitio ellos mismos , y solo dejaron una ventanilla , por donde respirase , y se la pudiese dar una miserable comida , porque no muriese tan presto , sin que sus lágrimas inocentes , y sus protestas verdaderas los enterneciese. Hecho esto , cerraron el aposento , y la llave entregaron á la malvada cuñada , y ella misma la iba á dar la comida , y un jarro de agua.

Aqui estuvo Doña Inés seis años , en que la Divina Magestad la conservó la vida , ó para merito suyo , ó para castigo de los tyranos. Pasabalo la infelíz como imaginar se puede , y de la manera que estaba , y que las inmundicias que de su cuerpo echaba la servian de cama , y estrado para sus pies , siempre llorando , y pidiendo á Dios la aliviase de tan penoso martyrio , sin jamás ver luz , y sin que ninguno de sus tres verdugos tuviese piedad de ella : antes la traydo-



ra cuñada cada vez que la llevaba la triste comida, la decia mil oprobrios; hasta que yá nuestro Señor permitió, que fuese sacada esta miserable muger de tan desdichada vida. Y fue el caso, que á las espaldas de esta casa en que estaba, havia otra principal de otro Caballero, y proximo á la estancia de Doña Inés un quarto, donde poco havia vivia una muger, criada antigua del referido Caballero, que habiendo quedado viuda, sus amos la recogieron por caridad, y la dieron aquel quarto. Esta tenia su cama pegada á la pared que hacia medianía adonde estaba Doña Inés, la qual, como siempre estaba lamentando su desdicha, y llamando á Dios, la otra muger que lo oía, juzgó ser alguna alma del otro mundo, y cobró tanto miedo, que apenas osaba estar alli. Buscó compañía, y yá desde entonces asistia á su quarto; y como se reparase mas, y oyese, que entre los gemidos llamaba Doña Inés á Dios, y á su Madre Santisima, arrimó en una ocasion su oido á la pared, y escuchó, que decia: *Hasta quando, Poderoso, y Misericordiosísimo Dios, ha de durar esta triste vida! Hasta quando estos crueles verdugos de mi inocencia les ha de durar el poder de castigar lo que tu, piadosísimo Dios, no castigarás! Sacadme, Dios mio de aqui, para vivir, y morir como Christiana.*

Acabó estas razones con tan doloroso llanto, que la que escuchaba, movida á lástima, alzando la voz, la dijo: Muger, ó quien eres, qué tienes, y por qué te lamentas tan dolorosamente? Dimelo por Dios, que si soy parte para sacarte de donde estás, lo haré aunque aventure la vida. La buena Doña Inés, que oyó estas palabras, respondió: *O tú, de quien Dios piadoso se vale, y que no eres de la parte de mis crueles*

*ver-*



«Vendugos, no te puedo decir mas por ahora, sino que soy una triste, y desdichada muger, á quien la crueldad de un marido, un hermano, y una cuñada me tienen en esta estrecha, y trapiada cárcel, padeciendo crueles tormentos: y lo que mas siento, es, estar privada de ejercer los actos de Christiana seis años há, sin haver recibido el Cuerpo de mi Señor Jesu-Christo. Oído esto por la muger que escuchaba, se fue pronto á su señora, y la contó todo lo que havia pasado, la qual admirada, y lastimada, mandó poner luego el coche, y con la viuda su criada se fue al señor Arzobispo, á quien refirieron el caso, el qual avisó al Asistente, y juntos, con todos sus Ministros, se fueron á la casa de Don Francisco, y Don Alonso, y cercandola por todas partes, entraron dentro, y los prendieron á todos tres. Tomaronles sus confesiones, y no pudiendo negar la verdad, dando la cuñada la llave, subieron donde estaba la desdichada Doña Inés. Derribaron el tabique, y encontraron á la buena señora, hecha toda una miseria, y una lástima, que movia á todos á compasion.

Hallaron una moza de treinta años, porque quando la metieron alli no tenia mas de veinte y quatro. Tenia los ojos claros, pero ciega, ó yá fuese por la oscuridad, ó por tanto llorar. Sus hermosos cabellos estaban blancos, llenos de inmundicia de animalojos: el color mortal, tan flaca, y consumida, que se la señalaban los huesos: desde los ojos hasta la barba dos surcos cabados de las lágrimas que se la escondian en ellos un bramante grueso: los vestidos hechos ceniza: descalza de pie y pierna, que de los excrementos de su cuerpo se le havian consumido, y comida la carne hasta los muslos de las llagas, y gusanos, de  
que



que estaba lleno el hediondo lugar. No hay mas que decir , sino que causó á todos tanta compasion , que lloraban como si fuera hija de cada uno. Asi como la sacaron pidió, que si estaba alli el señor Arzobispo, la llevasen á él , como fue hecho , cubriendola con una capa , porque estaba desnuda. En fin, en brazos, pues no podia andar, la pusieron á su presencia , y echándose á sus pies , se los besó , y pedia la echase su bendicion.

La buena señora , que dió el aviso , juntamente con su criada , que estaban presentes , dieron orden para romper un tabique , y pasarla á su casa por no llevarla por la calle ; y haciendo la noble señora prevenir una regalada cama , despues de haverla lavado con mucha caridad , ella , y sus criadas , la metieron en ella. Llamaron luego Medicos , y Cirujanos para curarla , haciendola tomar sustancias ; porque era tanta su flaqueza , que temian no se muriese ; pero la Cathólica Doña Inés no quiso tomarlas hasta que primero tomó la Sacrosanta Substancia del Cuerpo de Jesu-Christo , que la fue luego traído. Ultimamente , con tanto cuidado miró la señora por Doña Inés , que sanó , solo de la vista , que ésta no fue posible recuperarla. El Asistente sustanció luego el proceso à los reos , y hecho público el caso , inocencia , y tragedia de Doña Inés , los condenó á todos tres á muerte , que fue ejecutada en un cadahalso por ser Nobles , y Caballeros. Y Doña Inés , yá sana , y restituida en su hermosura , aunque ciega , se retiró á un Convento con dos criadas , que cuidaban de ella , sustentandose de la gruesa hacienda de su hermano , y marido , y haciendo una vida ejemplar , y santa. Sugeto que la vió , aseguraba , que despues que la sa-



caron de la pared, y se la havia restituido á su antiguo verdor, era de las mas hermosas mugeres que havia en el Reyno de Andalucía; porque aunque estaba ciega, como tenia los ojos claros, y hermosos, no se la echaba de ver que carecia de vista.

Finalizó el señor Cura este trágico suceso, causando en todos los Tertulios una suma ternura, y lástima, tanto, que ninguno hubo que no soltase sus lágrimas al tiempo de referir caso tan tierno, y extraño; y el señor Cura se valió del suceso para decir á sus feligreses quatro palabras, y consejos muy saludables sobre la virtud de la inocencia; que aunque se padezca por ella, tiene de su parte á Dios, que siempre mira por ella, y la hace salir triunfante, por mas obstáculos que se la opongan; y al que los padece le remunerará sus trabajos, con hacerle muy suyo, y darle su gloria. Concluyó, pues, su cathólica Plática, y dió orden para que se prosiguiese con materia alegre, para templar las pasadas lástimas; y así, luego salió el Hidalgo Benavides á enjugar las lágrimas, prosiguiendo la Historia de Don Quijote, y lo acontecido en la Venta.

Yá todos se havian recogido, á excepcion de D. Quijote, que se ofreció, como dijimos, á estar de centinela toda la noche, guardando las fermosuras que havia en aquel su imaginado Castillo. Estaba todo en silencio, y Don Quijote armado de parte de afuera de la Venta, quando la hija del Ventero, y Maritormes, que no dormian, sabiendo el humor de Don Quijote, que estaba á caballo haciendo la guarda, determinaron hacerle una burla, ó á lo menos, de pasar un poco de tiempo oyendole sus disparates. Es, pues, el caso, que en toda la Venta no havia

ven-



ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por fuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron, que Don Quijote estaba á caballo recostado sobre su lanzon, dando de quando en quando dolientes, y profundos suspiros, que dirigia á la señora Dulcinéa. En este tiempo la hija del Ventero le comenzó á cecear, y á decirle: Señor mio, lleguese acá si es servido. Llegóse Don Quijote, representandose en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella hermosa, hija de la Señora de aquel Castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle. Mas Don Quijote respondió: Lástima os tengo, hermosa señora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos, de lo que no debeis dar culpa á este miserable Andante Caballero, que tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra, que á aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma.

Saltó á este punto Maritormes, y dijo, Que no es nada de eso lo que pide mi señora, señor Caballero. Pues qué ha de menester, discreta Dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote. Solo una de vuestras manos, dijo Maritormes, por poder desahogar con ella el grande deseo que á este gran balcon la ha traído. Don Quijote se puso de pies sobre Rocinante para poder alcanzar al agujero, que él imaginaba ventana enrejada; y al darla la mano á su ferida doncella, dijo: Tomad señora esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo. Yá Maritormes tenia el cabestro del jumento de Sancho Panza aparejado, con un lazo corretizo, que echandosele á la muñeca, y bajandose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la



puerta del pajar muy fuertemente, y se fueron las dos. Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, y con grandísimo temor, que si Rocinante se desviaba un poco havia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno.

En resolucion, viendose Don Quijote atado, y que las Damas se havian ido, se dió á imaginar, que todo aquello se hacia por via de encantamiento, como la vez pasada, quando en aquel mismo Castillo le molió aquel Moro encantado del Arriero. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse; mas estaba tan bien asido, que todas sus pruebas eran en valde. Empezó á llamar á su Escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño, nada oía. Llamaba á los sabios Lirgandeo, y Alquife, á su amiga Urganda; y finalmente, allí le tomó la mañana tan desesperado, que no esperaba, que con el dia se remediára su cuita, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado. A este tiempo llegaron á la Venta quatro hombres montados, que llamaron á la puerta con grandes golpes; lo qual visto por Don Quijote, con voz arrogante, y alta, dijo: Caballeros, ó Escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas de este Castillo, que asáz de claro está, que á tales horas no se abren las Fortalezas hasta estar tendido el Sol: desviaos afuera, y esperad á que aclare el dia, y entonces verémos si será justo, ó no, que os abran.

Qué diablos de Fortaleza, ó Castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar estas ceremonias? Si sois el Ventero, mandad que nos abran. Pareceos Caballeros, que tengo yo talle de Ventero? respondió D. Quijote. No sé de que teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar Castillo á esta Ven-



Venta. Castillo es replicó Don Quijote, y de los mejores de toda esta Provincia, y tiene gente dentro, que ha tenido Cetro en la mano, y Corona en la cabeza. Será algun Comediante, dijo el pasagero. Yá se cansaban los caminantes del coloquio con Don Quijote, y asi, tornaron á llamar, quando apartandose Rocinante á oler las otras caballerías, resvaló Don Quijote de la silla, y quedó colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo le arrancaban, y empezó á dar voces. Fueron tantas, que despertando el Ventero, salió despavorido á ver lo que era, y lo mismo los que estaban fuera. Maritormes, que yá havia despertado à los gritos de D. Quijote, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desató sin que nadie lo viese el cabestro, y el buen Don Quijote dió luego en el suelo à vista del Ventero, y los caminantes, que llegando à él, le preguntaron, qué tenia, que tales voces daba? El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y subiendo sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, bolvió à medio galope, diciendo: Qualquiera que dijere, que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princesa Micomiconi me dé licencia para ello, yo le desmiento, le reto, y desafio à singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el Ventero les quitó la admiracion, diciendoles, que era Don Quijote, y que no havia que hacer caso de él, porque estaba fuera de juicio.

A esto se siguió luego otra novedad, no de poco cuidado, y alboroto, que fue entrar de alli à poco en la Venta el Barbero à quien D. Quijote quitó el Yelmo de Mam;



Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, el qual Barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza, que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió à arremeter à Sancho, diciendo: Ah D. Ladron, que aquí os tengo, venga mi vacía, y mi albarda, con todos mis aparejos, que me robaste. Sancho, que se vió acometer de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al Barbero, que le bañó los dientes en sangre. Empezó á dar voces el Barbero, diciendo: Aquí del Rey, y de la Justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron, salteador de caminos. Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador, que en buena guerra ganó mi amo D. Quijote estos despojos. Yá estaba D. Quijote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia, y ofendia su Escudero. Entre otras cosas que el Barbero decia, erà: Señores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo à Dios, y así la conozco, como si la hubiera parido; y ahí està mi asno en el establo, que no me dejarà mentir; y hay mas, que el mismo dia que se me quitó la albarda, me quitaron tambien una vacía de azofar nueva, sin estrenar.

Aquí no se pudo contener D. Quijote sin responder, y poniendose entre los dos, los apartó, dejando esenta la albarda en el suelo hasta decidir sobre ella, y dijo: Porque vean vuestras mercedes claramente el error en que está este buen Escudero, pues llama vacía à lo que fue, es, y será el Yelmo de Mambrino, el qual se le quitó yo en buena guerra; para confirmacion de lo qual, corre Sancho hijo, y saca aquí el Yelmo, que este buen hombre dice ser vacía. Par diez, señor, dió  
San-



Sancho, si no tenemos otra prueba que la que vuestra merced dice, tan vacía es el Yelmo de Mambrino, como el jaéz de este buen hombre albarda, y no jaéz como Vm. dice. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote. Trajole, y tomándole Don Quijote en la mano, dijo: Miren Vms. con qué cara podrá decir este Escudero, que este es vacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la Orden de Caballería que profeso, que el que lo contrario dijere, le haré yo conocer que miente. Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como quien conocia el humor de Don Quijote, se puso de su parte; y como del Arte, habló, que era yelmo, y no vacía, pues conocia, por haver sido Soldado, todo genero de armas de la milicia. Verdad es, dijo, que esta pieza que este señor tiene en las manos, salvo mejor parecer, no es yelmo entero. Asi es, dijo D. Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Asi es, dijo el Cura, y los demás por llevarlo adelante.

Valame Dios! dijo á esta sazón el Barbero burlado, qué es posible, que tanta gente honrada diga, que esta no es vacía, sino yelmo? el hombre se desatinaba. Si esta vacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaéz de caballo, como este señor ha dicho, decia. Don Quijote no quiso decidir en esto segundo, temeroso de lo mucho que le havia acontecido en aquel Castillo imaginado de transformaciones por encantamiento; y así, dijo, que lo dejaba al buen parecer de los que estaban presentes, que quizá, por no ser armados Caballeros como él, no tendrian que ver con ellos los encantamientos de aquel Castillo, y teniendo los entendimientos libres, podrian juzgar de las cosas de aquel lugar, como real y verdaderamente eran. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que



que el señor D. Quijote ha dicho muy bien, que á nosotros nos toca la definicion de este caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos de estos señores.

Para los que conocian el humor de D. Quijote era esto materia de grandisima risa; pero para los que lo ignoraban el mayor disparate del mundo. Empezó D. Fernando á tomar los votos, hablandoles al oido para que declarasen, que no era albarda, sino jaéz rico de caballo. Despues que hubo tomado los votos, dijo en alta voz. El caso es, buen hombre, que todos votan en su contra, afirmando, que no es albarda, sino jaéz de caballo, y aun de caballo castizo; y asi havreis de tener paciencia, que haveis probado mal de vuestra parte. No la tenga yo en el Cielo, dijo el Sobrebarbero, si todas Vms. no se engañan, y que asi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaéz; pero allá van Leges, &c. y no digo mas. A esto dijo Don Quijote: Aqui no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga.

Entraron en esta sazón unos Quadrilleros de la Santa Hermandad, y uno de ellos, que oyó lo que se disputaba, lleno de colera, y de enfado, dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dijere, debe de estar hecho uba. Mentís como bellaco, respondió Don Quijote, y alzando el lanzon, le iba á descargar tal golpe, que á no desviarse el Quadrillero, se le dejára allí tendido. Los demás Quadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad. El Ventero, que era de la Quadrilla, entró al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros. El

Bar-



Barbero, viendo la cosa rebuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los Quadrilleros: arremaronse á Don Quijote los demás. El Cura daba voces, la Ventera gritaba, su hija se afligia, Maritornes lloraba, las señoras estaban confusas. El Barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al Barbero. Don Fernando tenia debajo de sus pies á un Quadrillero, mieldiendole el cuerpo con ellos muy á su sabor. El Ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad; de modo, que toda la Venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces, y efusion de sangre: y en la mitad de este chaos, máquina, y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote, que se veía metido de hoz, y de coz en la discordia del Campo de Agramante; y así, dijo con voz que atronaba la Venta:

Tenganse todos, todos embaynen, todos se sosieguen, oiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió, diciendo: No os dije yo, señores, que este Castillo era encantado, y que alguna legion de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo qual, quiero, que veais por vuestros ojos, como se ha pasado aquí, y trasladado entre nosotros la discordia del Campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada, aquí por el caballo: acullá por el aguila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos nos entendemos. Venga, pues, Vm. señor Don Fernando, y Vm. señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pongamos en paz; porque por Dios todo poderoso, que es gran bellaquería, que tan-



ta gente principal como aqui estamos , se mate por causas tan livianas. Los Quadrilleros, que no entendian el frasis de Don Quijote , y se veían mal parados de D. Fernando , y los demás , no querian sosegarse : el Barbero sí , porque en la pendencia tenia desechas las barbas , y el albarda. Sancho , à la mas minima voz de su amo obedeciò. Los criados de los Caballeros tambien se estuvieron quedos : solo el Ventero porfiaba en que se havian de castigar las insolencias de aquel loco , que à cada paso le alborotaba la Venta. Finalmente , el rumor se apaciguó por entonces : la albarda se quedó por jaéz hasta el dia del juicio , la vacía por el yelmo , y la Venta por Castillo en la imaginacion de D. Quijote.

No tardaron mucho en bolver á las andadas ; porque uno de los Quadrilleros, que fue el que fue molido, y pateado por Don Fernando, le vino à la memoria, que traía un Mandamiento de prision contra Don Quijote, à quien la Santa Hermandad havia mandado prender, por la libertad que dió à los Galeotes ; y tirandose à D. Quijote , y asiendole fuertemente del cuello , daba voces , diciendo : Favor à la Santa Hermandad. Don Quijote , viendose tratar tan mal de aquel villano malandrín , puesta la colera en su punto , le asió al Quadrillero con entrambas manos de la garganta , que à no ser socorrido , alli dejara la vida , antes que D. Quijote la presa. Con esto todo se bolyió à alborotar : bolyieron los gritos , las voces , y la confusion. Sancho dijo , viendo lo que pasaba : Vive el Señor , que es verdad quanto mi amo dice de los encantos de este Castillo ; pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Consiguióse por ultimo el desasirle ; pero con todo , los Quadrilleros porfiaban en pedirle el preso ; mas habiendolos desengañado quien era D. Quijote , se sosegó aquel alboroto.

Fi.



Finalizó el Hidalgo Benavides tan estraños, y disparatados sucesos de Don Quijote con mucho alborozo de todos; y el tio Agustin Redondo, que hasta alli no havia hecho papel en el cónclave, prosiguió el alborozo con un chiste muy gracioso de un Herrador.

Pasaba un señor Sacerdote por un Lugar de buenas vegas, viñas, y huertas. Ofreciósele errar la caballería; y habiendo venido al meson el Herrador, estando en conversacion con él, le dijo: Bellas huertas, viñas, y frutales tiene este Lugar, señor maestro. A que respondió sin detenerse el Albeytar: si Padre Cura; pero las azota mucho la piedra, y el yelo. Replicó el señor Cura: eso sucede en todos los Países. Y bolvió á responder el Herrador: Pero no de la traza que aqui; pues Vm. ha de saber, que hace treinta años, que nunca hubo pedrisco, ni yelo en este Lugar, y hace treinta años que se apedrean, y yelan sus frutos todos los años. Causóle mucha novedad al señor Cura lo que decia el Herrador. Cómo es eso, señor maestro? dijo el Cura. Treinta años, que no se apedrean, ni se yelan: y treinta años, que se yelan, y apedrean? Pues Padre Cura, lo dicho dicho. Yo se lo explicaré, dijo el Albeytar. Treinta años há que no hay pedrisco, ni yelo en nuestros campos, y treinta años há que se apedrean sin tempestad, y se yelan, aunque salgan las mañanas con viento, y nubes. El buen Cura cada vez se confundia mas; y yá le dijo: Señor maestro, acabe usted de explicarse, que no es facil de que se entienda lo que usted dice. Cómo que no, señor Cura? yo se lo explicaré, y con brevedad. *Ha de estar Vm. que hace treinta años, que ciertos Padres entraron en esta Ciudad. A los diez años yá eran señores de todas estas vegas, que tanto han agradado á Vm. desde entonces no cogen fruto los veci-*



nos, sino comprado á mucho precio á los Padres; con que haga Vm. quenta, que para los vecinos hace treinta años, que se yelan, y apedrean las heredades sin tempestad, ni rocío: y mas, que desde entonces no se toca á nublado; porque los nublados, y yelos de esta gente, no buyen por sonido de campana, ni voces de conjuros.

De improviso á este cuento empujó otro tambien muy gustoso el tio Agustin Redondo, casi sin darles lugar á reir el pasado, que fue el siguiente. Pretendia cierto Pisaverde, aunque licitamente, y para enmaridar, á una Dama, primahermana suya: mediaba para esto una de las muchas Algebristas, que hay de voluntades, por Ministra de Cupido, y tercera de sus deseos; si bien, el mozo, mirandola con alguna desconfianza, no la tenia por muy fiel interprete de su amor; y fiando mas en los pasacalles de su guitarrilla, concurría á lo murcielago á explicar asi su pasion frente á la casa de su pretendida Dama. Una noche en que se destemplaron las cuerdas del instrumento, le dijo otro musico que le acompañaba: *Templa bien esa prima. A que respondió: No es posible templar bien esa prima, porque es muy falsa la tercera.*

Celebróse mucho la agudeza, y el señor Cura pronto salió con otro chiste muy divertido, que aconteció en Cataluña. Hallabase Gobernador del Principado el Marqués de Almazan: las alabardas que usaba su Guardia eran yá muy antiguas, y malas: quiso renovarlas, y por lo bien que se templa el hierro en Milan, mandó á su Secretario escribiese al Conde de Fuentes, Virrey entonces de aquel Estado, le enviase veinte y quatro alabardas bien hechas. Escribió la carta el Secretario, y trajosela para que la firmase. Al tiempo regular envió el Conde veinte y quatro albardas, respondien-



diendo se admiraba de aquel encargo, quando en España se hacian con mayor primor. Confundido el Virrey de Cataluña, llamó á su Secretario: dijole: *Què albardas son estas que envia de Milan el Conde de Fuentes?* Señor, respondió el Secretario, *las que V. Excelencia le envió á pedir.* Yo albardas, replicó el Virrey: *Què borricos tengo que aparejar?* Pues señor, bolvió á insistir el Secretario, *no me mandó V. Excelencia escribir al Conde de Fuentes á Milan, que le enviase veinte y quatro albardas?* El Marques lo tomó á donayre, y solo dijo: *En la equivocacion tenemos igual cargo los dos: vos por haver escrito semejante disparate, y yo por haver firmado la carta, sin verla; y así, partamos las albardas, que bien merecemos cada uno su parte.*

Dió luego otro el señor Cura, no menos gracioso, de unos Portugueses fanfarrones, y arrogantes. Al tiempo que se estaban haciendo en Castilla los preparativos para la guerra con Portugal, bajaron á Salamanca unos Portugueses á ordenarse. Llegaron á visitar á el Secretario del señor Obispo, y éste les dijo: *Cómo los Obispos de Portugal no los ordenaban?* Y ellos respondieron muy finchados: *Porque naon poden. Y por qué no pueden?* replicó el Secretario. *Porque ten muyto que facer.* El Secretario, deseoso de oirles sus arrogancias, les bolvió á preguntar: *Què tienen que hacer mas que hacer Ordenes?* Ellos respondieron: *Ainda ten mas que facer, que à vucé le parece. Ten que facer oleos muytos, é ten que bendecir os campos. Ten que facer oleos muytos para olear á os muytos Castesaos que han de morrer en esta batalla, y ten que bendecir os campos para enterrarlos.* Uno de los que se hallaron presentes algo socarron, les dijo: *Sí, que los Portugueses morirán pocos. Poucos,*



*señor, poucos, respondieron ellos, é con ó pouco de oleo que ten les basta; é una Ermitiña para enterrar os poucos que morran,*

Causaron mucha risa las fanfarronadas de los Portugueses, celebrandose con muchas risotadas; y el Hidalgo Benavides concluyó la Asambléa con un caso muy gracioso, que fue el siguiente.

Aconteció en cierta Aldéa, donde havia una Hermandad, que juntos los Alcaldes en pleno Concejo, determinaron, que ninguno fuese admitido en la Cofradía del Santísimo Christo de los Buenos Temporales, que tuviese defecto, ó falta corporal; y que si queria redimir el defecto, havia de ser acosta de uno, ó dos ducados, segun el numero de deformidades, y lacras que tuviese. Huvo grande dificultad, si calvos, y narigones havian de recibirse. Unos juzgaban estas por notables deformidades, y otros no: los votos en esta parte fueron iguales; porque me persuado, que abundaba la Aldéa de narigones, y calvos; y asi quedó el negocio indeciso. Entró en la sala de concejo un hombrillo cojo, y colerico, á pedir le admitiesen en la Cofradía; mas mandaron los señores Concegiles con sentencia definitiva, que redimiese la falta de la pierna con un ducado, y se le disimulase lo pequeño. Enfadóse el pretendiente, y quiso convencer á la Junta, que aquel Instituto era injusto. En el discurso de su oracion deliberativa conocieron de sus siniestras acciones, que tambien era zurdo, y yá no se contentaban con un ducado, sino que pedian dos. Viendo, que conforme insistiese en la pretension se le havian de ir descubriendo mas lacras, puso pies en pared, que le havian de admitir de valde. Al ver el Portero lo pertináz, y desembuelto del cojo, pretendió echarle fuera;



ra; y al quererle asir de un brazo, observó, que tenía sarna. Yá con este buen recado le pedían tres ducados. Perdió entonces el sarnoso del todo la paciencia, y quiso llevar el negocio por fuerza. Acometió al Portero, que en lo desagradable se parecía á otros muchos, que arrimados á una mampara, parece, que les deben, y no les pagan; y montando en colera, le sacudió tan horrible bofetón al buen cojo, zurdo, y sarnoso, que le echó unos quantos dientes fuera de la boca. Yá la entrada era mas dificultosa, porque le pedían quatro ducados. El buen desdentado, viéndose así afrentado, arremetió furioso al Portero: abrazáronse, y luchando los dos brazo á brazo, le segundó con otro bofetón, y á buen compás, de mojicon en mojicon, cayó el desdichado cojo, zurdo, sarnoso, y desdentado en el suelo patas arriba, y descubrió con la caída, que era potroso. Alborotóse el Concejo, celebrando con risa el suceso; y entrando buenos de por medio, por via de concierto, y de paz, le pidieron cinco ducados. A este termino llegó aquel miserable, pudiendo haverlo compuesto con un solo ducado, si no hubiera sido temerario, quimerista, y alborotador. Pero desistió de su mal natural? Ahora sí; pues se quejó ante el Alcalde, el qual yá apiadado de él, mandó, que le admitiesen de valde por Mullidor de la Cofradía. El, que se vió nombrar por Mullidor, teniéndose por mas noble, que todos los de la Aldéa, bolvió á alborotar el cortijo, chocando, y desvergonzándose, yá con Alcaldes, yá con el Secretario, Procuradores, y todos quantos asistian al Concejo: y viendo la Justicia lo desembuelto de aquel hombrecillo, dió contra él acto de prision, que al punto se ejecutó. Llevaronle á la cárcel, pusieronle grillos, y despues de algunos dias que



que purgó en el cepo su altivéz, y sobervia, le multaron en veinte ducados, y privado absolutamente de poder entrar en la Cofradía, en el Concejo, y otro cualquiera Congreso de la Aldéa; y desde este dia fue la risa, y escarnio del Lugar: que la medra de sobervios, pertinaces, y colericos, si acaso no es funesta, á veces es de risa, y pasatiempo.

Con este gracioso cuento se disolvió la Tertulia, y todos se fueron á sus casas muy alegres, y festivos, aplaudiendo, y riendo las desventuras del cojo, zurdito, sarnoso, desdentado, potroso, y desechado.

**F I N.**

